



90 AÑOS DE FUEGO MISIONERO

Un carisma que enciende, una misión que transforma

La historia de los Misioneros Claretianos en Puerto Rico

(1936-2026)

Hay historias que se cuentan con fechas, y hay historias que se cuentan con vida. La presencia de los Misioneros Claretianos en Puerto Rico pertenece a esta segunda categoría. No es solamente la historia de comunidades fundadas, templos construidos o parroquias atendidas. Es la historia de hombres y mujeres que dejaron que el Evangelio transformara sus vidas; la historia de misioneros que cruzaron mares; de jóvenes que descubrieron una vocación; de familias que encontraron una comunidad; de un pueblo que aprendió a caminar acompañado por el carisma de San Antonio María Claret.

Hoy, al celebrar noventa años de presencia claretiana en Puerto Rico, miramos hacia atrás con gratitud para descubrir cómo Dios fue escribiendo esta historia mucho antes de que los primeros claretianos pusieran pie en la Isla.

Porque la historia claretiana en Puerto Rico comenzó antes de 1936: comenzó con un sueño.

I. EL TIEMPO DE LA SEMILLA

Un sueño que esperó más de medio siglo (1851-1959)

Mucho antes de que existiera una comunidad claretiana en Puerto Rico, el nombre de Claret ya resonaba en estas tierras.

Cuando San Antonio María Claret fue nombrado Arzobispo de Santiago de Cuba en 1851, se convirtió también en Metropolitano de Puerto Rico. Desde aquella posición siguió de cerca algunos de los acontecimientos eclesiales más importantes de la isla. Su figura aparece vinculada a

momentos delicados de la vida de la Iglesia puertorriqueña, convirtiéndose así en uno de los primeros lazos entre Puerto Rico y el carisma claretiano.

Décadas después, otro claretiano mantendría viva la esperanza. En 1882, el Padre General José Xifré visitó Puerto Rico y expresó su deseo de establecer aquí una comunidad misionera. La idea parecía prometedora, pero los tiempos aún no estaban maduros. Habría que esperar más de cincuenta años para que aquel sueño se hiciera realidad.

La esperanza resurgió en 1936

Dos misioneros claretianos, dependientes de la Provincia de México, desembarcaron en el Municipio de Carolina para hacerse cargo de una parroquia extensa, marcada por la pobreza y la necesidad pastoral. Lo que encontraron no fue una obra consolidada ni una infraestructura preparada. Encontraron caminos difíciles, largas distancias, escasez de recursos y una práctica religiosa debilitada.

Fueron años de un heroísmo silencioso. Los misioneros recorrían los campos a caballo, en motora o a pie, desafiando las inclemencias del tiempo y la precariedad de su vivienda para despertar la fe de un pueblo desapegado de la Iglesia. A pesar de vivir hitos llenos de gozo, como el Centenario de la Congregación (1949) y la emocionante Canonización de su fundador (1950), el contexto mundial pasó factura. Las heridas de la Guerra Civil Española y los rigores de la Segunda Guerra Mundial impidieron el envío de nuevos misioneros, manteniendo a la pequeña comunidad en una situación tan precaria que obligó a su dolorosa supresión. Cuando en 1951 se tomó la dolorosa decisión de cerrar aquella fundación, muchos pudieron pensar que el intento había fracasado. Pero las semillas del Evangelio tienen una lógica distinta. A veces desaparecen bajo tierra para prepararse para una cosecha mucho mayor.

II. EL TIEMPO DE LAS RAÍCES

Cuando el fuego comenzó a extenderse (1960-1975)

La segunda etapa comenzó con una paradoja providencial. Lo que para algunos fue expulsión, para Puerto Rico se convirtió en bendición.

En 1960, tras ser expulsados de la República Dominicana por el régimen del Dictador Trujillo, los Padres Arturo Abad y Emiliano Martín llegaron a Puerto Rico buscando refugio temporal, sin imaginar que se convertirían en las antorchas de un renacimiento. Lo que inicialmente parecía una solución provisional se transformó en el inicio de una nueva etapa misionera. Puerto Rico se convertía, poco a poco, en una nueva tierra para la misión claretiana.

El nuevo comienzo tuvo lugar en Las Lomas de Río Piedras, en San Juan. Allí, en una modesta capilla dedicada a Nuestra Señora del Camino, nació en 1961 la Parroquia Corazón de María. Aquella pequeña capilla pronto resultó insuficiente para el entusiasmo y la vitalidad de la comunidad que comenzaba a formarse. Los misioneros adquirieron nuevos terrenos y levantaron un complejo pastoral que con el tiempo incluiría el templo parroquial, la residencia comunitaria y el Colegio Corazón de María de Río Piedras, una institución educativa que marcaría a generaciones de puertorriqueños.

El crecimiento fue tan rápido que en 1966 Mons. Luis Aponte Martínez bendijo el nuevo templo parroquial y el edificio del Colegio Corazón de María. Aquella celebración marcó simbólicamente el final de los años fundacionales y el comienzo de una etapa de expansión que transformaría el rostro de la presencia claretiana en Puerto Rico.

La expansión no se hizo esperar, pues en 1963 y 1964 la misión se extendió hacia Bayamón, una ciudad que vivía entonces un acelerado crecimiento urbano y demográfico. Los Claretianos asumieron la recién creada Parroquia San José de Bayamón, heredando una obra iniciada por los Padres Dominicos.

La consolidación de Bayamón fue posible gracias a comunidades religiosas profundamente comprometidas. Los primeros claretianos destinados a San José de Bayamón trabajaron con una entrega extraordinaria, ganándose rápidamente la confianza de la gente y disipando las incertidumbres que habían surgido tras el relevo de los Padres Dominicos. La naciente Academia Claret comenzó entonces un

camino educativo que llegaría a impactar a miles de familias puertorriqueñas.

La presencia claretiana continuó expandiéndose por la zona metropolitana, específicamente en Bayamón Gardens, dentro del municipio de Bayamón, nació en 1966 la Parroquia San Antonio María Claret, fruto del crecimiento de la comunidad cristiana y de la visión misionera de aquellos primeros religiosos. Años más tarde sería inaugurado su templo parroquial, convirtiéndose en uno de los centros de evangelización más dinámicos de la región.

Ese mismo impulso misionero llevó a los Claretianos a asumir en 1967 la Parroquia San José Obrero de Río Piedras, una comunidad que atravesaba momentos particularmente difíciles. Mons. Luis Aponte Martínez, Arzobispo de San Juan en aquel entonces, veía en los Claretianos una comunidad misionera capaz de devolver estabilidad, esperanza y dinamismo pastoral a una parroquia marcada por continuos cambios de liderazgo. Durante más de tres décadas los Misioneros Claretianos acompañaron a aquella comunidad y la ayudaron a consolidar su identidad eclesial.

Mientras tanto, desde Bayamón y Río Piedras se multiplicaban las capillas y centros pastorales. Surgieron obras como la Capilla San Judas Tadeo en Monacillos (San Juan), la Capilla Sierra Maestra en Río Piedras y posteriormente la misión iniciada desde la Capilla Jesús Nazareno de Bayamón en el 1972, germen de lo que llegaría a ser la Parroquia Santa María de Caná en Bayamón, oficialmente consagrada años después por el Cardenal Luis Aponte Martínez en el 1984.

La expansión territorial reflejaba algo mucho más profundo: el deseo de estar presentes allí donde surgían nuevas comunidades humanas, especialmente en las urbanizaciones y barrios que crecían rápidamente en el Puerto Rico de aquellos años.

La expansión claretiana no fue solamente territorial. Estuvo sostenida por una espiritualidad muy definida. El amor al Inmaculado Corazón de María, la centralidad de la Eucaristía, la vida comunitaria y la pasión por la Palabra de Dios marcaron profundamente la identidad de las

comunidades. Los claretianos procuraron formar comunidades vivas donde la predicación, la catequesis, la celebración de los sacramentos y la animación pastoral ayudaran a las personas a descubrir una fe madura y comprometida.

III. EL TIEMPO DE LOS FRUTOS

La cosecha de la vocación puertorriqueña (1975-2001)

Una misión es verdaderamente madura cuando empieza a dar frutos locales. Esta etapa estuvo marcada por el nacimiento de las vocaciones nativas y el florecimiento del laicado comprometido. El 9 de febrero de 1975 se ordenó el Padre Rubén Antonio González Medina, convirtiéndose en el primer misionero claretiano puertorriqueño. Su ordenación no fue un hecho aislado. Durante aquellos años comenzaron a surgir numerosas vocaciones puertorriqueñas. A finales de la década de los setenta ya había jóvenes puertorriqueños realizando estudios de formación en Santo Domingo y España, mientras otros se preparaban para ingresar al noviciado. Por primera vez el carisma claretiano comenzaba a echar raíces vocacionales profundas en suelo puertorriqueño.

A él le seguirían otros hijos de la isla en este periodo, como los padres Rafael Beltrán ‘P. Lito’ (...), Salvador Salgado Pabón (1987), Norberto Padilla Cruz (1990) y Héctor F. Cuadrado Rivera (1991).

A la par, el Espíritu Santo encendió el corazón de los laicos. Impulsados por las visitas del Vicario General, P. José María Viñas, y el liderazgo de Isabel “Sabín” Rivera, el Movimiento de Seglares Claretianos (MSC) cobró vida en el Caribe, fundando sus primeras comunidades en Bayamón (1980) y expandiéndose en los años noventa. Esta etapa alcanzó su momento culmen entre el año 2000 y 2001, cuando el Padre Rubén González fue nombrado y ordenado Obispo de la Diócesis de Caguas, llevando el sello de Claret —«Fijos los ojos en Jesús»— al pastoreo de la iglesia diocesana.

Un carisma para el siglo XXI (2003-2026)

Las comunidades de Río Piedras y Bayamón se consolidaron como auténticos centros de evangelización. Las parroquias, colegios y capillas

continuaron formando generaciones de cristianos comprometidos. Los Seglares Claretianos comenzaron a multiplicarse, especialmente en Bayamón y posteriormente en Caguas, ampliando la presencia del carisma más allá de las comunidades religiosas.

Un paso particularmente significativo fue la fundación, en 2005, de Casa Misión Claret en Bayamón, concebida como espacio de espiritualidad, formación, discernimiento y encuentro para toda la Familia Claretiana. Desde entonces se ha convertido en lugar de referencia para retiros, convivencias juveniles, ejercicios espirituales y procesos vocacionales, entre otros.

La pastoral juvenil y vocacional encontró allí uno de sus principales hogares. Desde Bayamón surgieron encuentros juveniles, experiencias de discernimiento, procesos de Fragua y numerosas iniciativas que han ayudado a centenares de jóvenes puertorriqueños a descubrir su vocación cristiana y misionera.

Esta etapa ha sido testigo de nuevos frutos vocacionales del legado claretiano. Entre ellos destacan las ordenaciones de los padres Demuel Tavárez Rosa (2006), José Daniel de Jesús Colón "P. Chepe" (2009) y Luis Enrique Ortiz Álvarez (2019), así como la profesión perpetua del Hermano Jafet Murguía Fuentes (2021), primer Hermano Claretiano puertorriqueño.

Presencia de esperanza en tiempos difíciles (2019-2021)

Ni las crisis ni las fuerzas de la naturaleza detuvieron el paso misionero. Tras el devastador impacto del Huracán María en 2017 y el encierro por la pandemia del COVID-19 en 2020, la comunidad respondió con creatividad apostólica. Los Misioneros Claretianos respondieron con audacia, y a tan solo días del encierro, comenzaron a convocar reuniones de grupos a través de plataformas en línea, cuando aún no eran utilizadas por la Iglesia. También nacieron varios proyectos: 'Orar contigo' (propuesta de oración contemplativa en casa), 'En comunión contigo' (una serie de reflexiones audibles para la vida cotidiana), 'Lámpara para tus pasos' (reflexión del Evangelio de cada día), 'En torno a la mesa' (encuentros comunitarios para reflexionar y compartir la vida) el proyecto musical "*Urget Nos*" (música para orar), entre otros.

Con el paso de los años, el fuego misionero siguió extendiéndose por la isla (2021-2026)

En 2021, después de los terremotos cuyo epicentro fue en el sur de la Isla, los Claretianos asumieron la Parroquia Nuestra Señora del Carmen de la Playa, en Ponce, con la presencia de los Misioneros PP. Luis Enrique, Salvador Salgado y Juan Carlos Monroy, llevando el carisma claretiano a la región sur del país y abriendo una nueva etapa de presencia misionera fuera del área metropolitana.

En el 2023 el carisma claretiano se expande a través de la Religiosas de María Inmaculada (Misioneras Claretianas) que llegan a la Isla, fundando una comunidad en el Municipio de Jayuya. Esta nueva comunidad se convirtió en el espacio geográfico donde algunas jóvenes han vivido experiencias de discernimiento para conocer su carisma. En la misma línea, en el 2024 las Hijas del Corazón de María (Filiación Cordimariana) comienzan a realizar un proceso de discernimiento dirigido a chicas con interés por discernir su estilo de vida.

Pocos años después, en 2025, comenzó la misión en la histórica Parroquia Santiago Apóstol de Santa Isabel, una comunidad con aproximadamente ciento setenta y cinco años de historia. La llegada de los Claretianos, P. Héctor Cuadrado y P. José Camilo Minaya a esta parroquia representó un nuevo capítulo en la expansión del carisma y una nueva oportunidad para seguir anunciando el Evangelio desde el espíritu de San Antonio María Claret.

Hoy, al cumplirse noventa años de presencia claretiana en Puerto Rico, el mapa de la misión se extiende desde la memoria de aquella primera fundación en Carolina, pasando por Río Piedras, Bayamón, Caguas, Ponce y Santa Isabel, mostrando cómo el carisma ha ido encontrando nuevos rostros, nuevas comunidades y nuevas fronteras apostólicas.

Porque la historia de los Claretianos en Puerto Rico no puede contarse solamente a través del tiempo. También debe contarse a través de los lugares. Cada parroquia, cada capilla, cada colegio y cada casa de

misión representan una página concreta de esta historia de gracia. Son huellas visibles de un fuego que llegó a Puerto Rico en 1936 y que, noventa años después, continúa encendiendo corazones de norte a sur de la isla.

Al abrir las páginas de esta autobiografía del Padre Claret, estimado feligrés, no estás leyendo la historia de un hombre del pasado; estás descubriendo el origen del fuego que, desde hace casi un siglo, quema, alumbra y abrasa a nuestro amado Puerto Rico. ¡Te invitamos a adentrarte en su vida y a dejarte encender por su mismo amor!

